



**Catequesis de Cuaresma de S.E.R. Cardenal Jaime Ortega Alamino,  
Arzobispo de La Habana.**

### **¿Quién es Jesús?**

*(Inspiradas en la obra de Heinz Schürmann  
“El Destino de Jesús, Su vida y su muerte”.)*

S.M.I. Catedral de La Habana  
12 de marzo de 2008.

### **Quinta Catequesis**

#### **Jesús: La Cena.**

En la catequesis anterior hemos visto que Jesús, cuando ya se acercaba el momento de su sacrificio en la Cruz, pensó cada vez con más claridad en la certeza de su muerte, sería una muerte de mártir, El había vivido para el Reino, se sabía el enviado de la última hora, y ahora moría por el Reino e intuía que moría como había vivido: para los demás, por los demás. Jesús tomaba nuestro lugar, pero no pasivamente, como si el Hijo fuera castigado por el Padre en sustitución de nosotros, sino entregándose por amor a nosotros: “Mi vida nadie me la quita, soy yo quien la doy” (Jn 10, 18). Es decir, en esa proexistencia de Jesús, en ese ser para los demás, Jesús preveía que su muerte, como su vida, serviría para traer el Reino a los hombres, para perdonar sus pecados, para restituirlos a la gracia.

Desearíamos ahora seguir preguntándonos si Jesús en esa última hora, con ocasión de la Última Cena, que celebraba en el círculo íntimo de sus discípulos, no asignaría también expresamente, de alguna manera, una significación salvífica a su muerte. También aquí debemos separar dos aspectos como lo hicimos anteriormente: 1º, Si Jesús con la acción de dar los dones en su última cena, interpretando el sentido de este don, atribuyó a su muerte una significación salvadora; 2º, Si esa significación salvadora llegaba hasta contemplar que su muerte sería expiatoria y vicaria, es decir, por nosotros y en lugar nuestro.

Es cierto que las palabras que se relatan en los textos del Nuevo Testamento sobre el modo de entregar Jesús los dones en la última cena son diversas, pero si atendemos a los gestos son los mismos. Aquella era una cena de despedida que Jesús organizó y los signos de partir el pan y de entregar el cáliz, acompañados con palabras que interpretaban esos signos, sí son gestos que Jesús hizo concretamente para indicar que se cumplía el final de los tiempos: al ir a la muerte Jesús, en actitud de servicio, dio a los suyos pan y vino como comida y bebida, es decir, según el sentido del mismo gesto como un “don salvífico”, claro que estos gestos son dones salvíficos por las palabras que los acompañan, que interpretan el sentido que Jesús da a esos gestos.

¿Qué nos dicen las palabras de la cena? Probablemente en San Lucas se refleja la versión relativamente más original de las mismas palabras de Jesús. Vamos a parafrasearlas para comprender lo que El nos quiere decir con estas palabras: “Esto es mi cuerpo, que es entregado (por Dios y por mí) a favor de ustedes en mi inminente muerte de mártir”. Estas palabras pronunciadas sobre el pan deben interpretarse teniendo como fondo la proclamación del Reino que Jesús ha hecho incesantemente: “Yo

les aseguro que ya no beberé del producto de la vid hasta el día en que lo beba de nuevo en el Reino de Dios” (Mc 14, 25). Esto se ve más concretamente en las palabras pronunciadas sobre el cáliz en Lucas y en la primera de los Corintios, que también vamos a parafrasear para entenderlas en toda su significación: “Esta copa de vino ofrecido da participación en la salvación del Reino que llega, concretamente en la Nueva Alianza prometida por los profetas, que llega en virtud de mi muerte”.

Aquí la muerte de Jesús según estas palabras no se entiende inmediatamente como muerte expiatoria y vicaria a favor de individuos en Israel o en el mundo de las naciones, sino como una muerte que desencadena la llegada del Reino. Esta muerte expiatoria y vicaria se hace más claramente presente en San Marcos, en las palabras pronunciadas sobre el cáliz: “Derramada a favor de muchos”, y lo hace más claramente aún y con independencia de Marcos, Mateo que añade: “para el perdón de los pecados”. Estas interpretaciones que pueden ser añadidas por los evangelistas son hechas para explicar el sentido de aquella muerte de Jesús a las comunidades que iban naciendo después de la Resurrección del Señor. Es como cuando Lucas nos dice: “bienaventurados los pobres” y Mateo en su evangelio nos dice “bienaventurados los pobres en el espíritu”. Seguramente las palabras del Señor fueron sólo “bienaventurados los pobres”, pero Mateo quería decir a qué clase de pobres se refería Jesús según la cultura hebrea, que muchos no entendían en el mundo griego adonde llegaba el evangelio. Luego no son añadiduras subjetivas esas palabras de la consagración del pan y el vino en Marcos y Mateo, sino que pretenden explicitar el sentido que ellos podían descubrir por haber estado con Jesús, vivido con El, experimentado el dolor de la Cruz y el gozo de la Resurrección y por haber tenido un acceso cercano a la cena del Señor, como es el caso de Mateo y también de Marcos.

Lo importante es cómo la “causa de Jesús” tiene supervivencia en la cena del Señor que las comunidades comenzaron a celebrar después de la Pascua de Resurrección. La causa de Jesús es la conducta de Jesús que encuentra una explicación en la proclamación que se hace de El, pero es también la proclamación de Jesús que tiene su base en la conducta de Jesús. La pervivencia de la causa de Jesús en la cena del Señor del cristianismo primitivo, en las primeras comunidades cristianas, especialmente en las comunidades fundadas por Pablo, sigue la voluntad y la actividad del Jesús histórico. Lo que Jesús hizo es precisamente el núcleo de su conducta, de modo que seguirá habiendo continuidad entre aquella actividad del mismo Jesús con los signos creados por El, y la cena del Señor celebrada en el cristianismo primitivo. Vamos, dejando a un lado por el momento las palabras de la cena del Señor, a fijarnos principalmente en la conducta de Jesús en la Santa Cena; pues las palabras que el Señor utilizó en la Santa Cena se esclarecen por las acciones y por la conducta total de Jesús en ella. Por lo tanto, debemos, 1º, conocer los mismos hechos de Jesús en su última cena, para llegar desde ellos, 2º, a un juicio sobre el sentido de la acción en la Santa Cena y a comprender el lenguaje de los gestos, pues en las palabras y en las acciones de Jesús encontramos la misma dirección.

Vamos a fijarnos primeramente en la cena del Señor en la primera carta a los Corintios, donde aparece relatada con bastante claridad y porque es el testimonio literario más antiguo de aquella última Cena de Jesús. Este escrito nos revela que la cena del Señor se celebraba ya en el año 50 d.C. como algo que era una tradición, luego que venía celebrándose desde tiempo atrás. Esta cena era celebrada en el mundo de cultura griega, pero todos los elementos que la constituyen son elementos palestinos que nos permiten emitir ciertos criterios sobre la estructura de la última cena.

Las celebraciones de la misa en la liturgia oriental y occidental tienen en común el hecho de que la cena eucarística viene después de un culto divino de la Palabra. Tenemos la primera descripción detallada de este orden en Justino a mediados del siglo II: La celebración dominical de la Eucaristía se efectúa por la mañana y está asociada con un culto divino de la Palabra formado a imagen del culto de la sinagoga.

a) Observaciones de la cena del Señor en el cristianismo primitivo.

Los cristianos se reunían para una comida comunitaria, tal y como se nos da a conocer en la primera carta a los Corintios. Todo parece indicar que la doble acción eucarística con el pan y la copa de vino seguía entonces a una comida que se tomaba en ambiente festivo y a todo el proceso se le llamaba:

“Cena del Señor”. Las comunidades cristianas primitivas celebraban festivamente su cena en común, tal vez el día del Señor, haciendo que la comida, en vez de estar seguida por las orgías antiguas en las que se bebía desenfrenadamente, fuera seguida por la eucaristía en su doble forma. Este orden de la celebración era obvio si se siguen las costumbres judías. El cabeza de familia pronunciaba la acción de gracias por la comida, haciéndolo sobre la tercera copa de la cena que se servía hacia el final de la comida, con lo cual se iniciaba la subsiguiente ronda de bebidas. Sin duda alguna, la oración eucarística cristiana tiene sus raíces en esa acción judía de acción de gracias por la comida. Es muy probable también que en la cena del Señor entre los Corintios sobreviva quizás la comunión de mesa que existía en el círculo de los discípulos de Jesús, pues Jesús vivía en comunidad con sus discípulos y comían siempre juntos. Vemos como muy pronto, ya en la época de Pablo, se cayó en abusos a la hora de comer, y esto trajo la separación de la Eucaristía de esa comida y el comenzar a preceder la acción eucarística de un culto de la Palabra muy semejante al de la sinagoga. Cuando se celebraba todavía la comida seguida de la Eucaristía y se entregaba el pan partido y la copa de vino acompañada de algunas palabras interpretativas, podemos preguntarnos ¿qué extraño gesto es ése y cómo se explica su origen?

En primer lugar habrá que decir que ese acontecimiento simbólico y ritual con el pan y el vino realizado después de una comida no tiene ninguna analogía en el mundo griego, sino solamente cuando ha sido influido por la celebración cristiana de la Eucaristía por ese mundo griego por donde se extiende el cristianismo. Ese gesto no está tampoco en las costumbres sociales de comidas festivas o de otra índole, en las que no existe nada parecido al pan partido y repartido después de comer y a una copa también distribuida a los comensales, sobre los cuales se dicen palabras.

Examinemos los dos gestos de partir el pan y distribuirlo diciendo algunas palabras y de entregar la copa de vino en las costumbres judías. 1º, en el convite festivo judío al comienzo de la comida el que recitaba la bendición de la mesa, casi siempre el padre de familia, tomaba en sus manos una torta de pan, después de levantarse de su asiento; a continuación recitaba sobre ella, en nombre de todos, unas palabras de alabanza a las que todos respondían diciendo amén, después iba partiendo un trocito de pan para cada uno de los comensales y los iba distribuyendo. En el mundo judío esta fracción del pan era un acto importante con una forma fija y estilizada. Este gesto es pues de origen palestino y está atestiguado expresamente en la comunidad primitiva cuando se dice en los Hechos de los Apóstoles que los discípulos se reunían para la “fracción del pan”.

2º, la bendición y entrega de la copa de vino es también de origen palestinese. Hacia el final de la comida en un convite judío el padre de familia, permaneciendo sentado, cogía con su mano derecha una copa de vino que le habían servido a él, la mantenía a un palmo de altura sobre la mesa y pronunciaba sobre ella, en nombre de todos ellos, la oración de acción de gracias por la comida recibida, a la que todos respondían diciendo amén. Según la costumbre, aquel que había pronunciado la plegaria de la mesa bebía de su copa y eso daba la señal para que cada uno de los comensales bebiera de su propia copa. La acción cristiana tiene pues, con respecto a la copa, su origen en esa bendición judía pronunciada sobre la tercera copa de la comida, cuya forma podemos saber más o menos cómo era en el tiempo de Cristo. Por consiguiente, en Corinto, según el testimonio de la primera carta de Pablo, a continuación de una comida se practicaba una costumbre relativa al pan y al vino que es de origen palestinese innegable, con la única diferencia de que en esa comunidad ya se han unido dos gestos que originalmente eran independientes, uno se hacía al principio de la comida, la fracción del pan, y el de la copa de vino al final de ella. Esta unión de los dos gestos al final tuvo lugar probablemente en fechas muy tempranas por razones prácticas y se realizó ya quizás en la misma Palestina.

Nos hemos adentrado en la oscuridad del pasado y hemos superado esa especie de foso que separaba el mundo griego del mundo palestinese en cuanto a los detalles de las costumbres relativas a la mesa, pero debemos superar también ese abismo que se ha cavado entre la cena que celebraban los primeros cristianos y la realidad de la cena celebrada por Jesús en los días de su vida terrena. Por ejemplo,

¿cómo se explica la unión de los dos gestos, la fracción del pan y la bendición de la copa que estaban separados entre sí por la duración de una comida normal? Puede decirse que al principio los cristianos se reunían en una comida común y que pronto los gestos de la fracción del pan y de la oración sobre la copa fueron coordinados para formar una sola acción doble, porque se sintió, por un lado, que esos gestos eran especialmente importantes, y porque se vio que tenían una correspondencia total el uno y el otro: ambos indicaban un don hecho por Jesús. Por otra parte San Pablo, en su primera carta a los Corintios, nos habla de los abusos de quienes comían o bebían en exceso cuando se reunían para la comida a la que se añadía después el gesto final de la Eucaristía, y esto hizo no solamente que los dos gestos fueran unidos al final de una comida, sino que se separaran definitivamente de la comida por los abusos que esto podía traer.

No debe pasar inadvertida la peculiaridad de que al entregar el pan y la copa estos gestos estén acompañados por palabras interpretativas, es decir, por palabras que hacen resaltar la importancia del don que se ofrece y especifican de qué se trata, cuál es el significado que esto tiene. En todo brindis que se hace después de un banquete se dice por qué se brinda. Los discípulos no podían olvidar las palabras que Jesús pronunció al entregar el pan y al pasar la copa de vino, porque significaban algo muy importante, de modo tal que San Pablo, en su primera carta a los Corintios, hacia el año 50 d.C. dice que él ha recibido una tradición desde tiempo atrás (que proviene de los discípulos de Jesús) y la refleja con un lenguaje muy auténtico, cercano al del evangelio de San Lucas.

Hay algunos que dijeron que esta celebración del pan partido y de la copa bendecida fue una introducción que hicieron las comunidades griegas y que no tuvo nada que ver con la cena de despedida de Jesús. Pero es imposible no considerar que las dos acciones eucarísticas tengan su origen en los gestos de Jesús en la última cena, pues encajan plenamente en el resto de la conducta observada por Jesús. La acción de partir el pan para los comensales y de distribuirlo entre ellos es un gesto de dar. Probablemente se sentía que la bendición pronunciada sobre el pan en los convites judíos transmitía de algún modo bendiciones y que el trozo de pan que se entregaba simbólicamente traía como una especial bendición de Dios a quien lo recibía. Lo mismo podemos decir del sentido de ofrecer la copa. Por consiguiente, ¿por qué Jesús en la última Cena, en contra de la costumbre habitual, da participación en su propia copa de vino? Esto significaba que Jesús les daba a cada uno un don de bendición para hacer que les llegue ese don de bendición que el vino a traer a los hombres. Ahora bien, el informe claro nos lo ofrecen las palabras acompañantes de Jesús, que también van en el sentido de su conducta. Jesús ha presentado a menudo el Reino de Dios y su llegada definitiva con el símil, con la comparación de un gran banquete, de una cena. En alguna parábola son llamados muchos a la cena y no acuden y el rey manda que vengan a ese banquete festivo por las bodas de su hijo los cojos, los ciegos, los paralíticos. En el Reino final habrá ese “banquete”. Jesús en la hora de la última cena hace referencia expresa a esa Cena del final del mundo, lo podemos ver en Lucas 22, 30: “Para que coman y beban a mi mesa en mi Reino”. Ahora bien, no olvidemos que Jesús ha traído ya el inicio del reinado de Dios. Esperando, pues, aquella irrupción final del Reino, cuando la historia quede concluida, Jesús, que ha traído la salvación, que está con nosotros, permanece con nosotros, hace de su presencia una acción de entrega, que quiere que se siga celebrando como memorial vivo de su paso por la historia.

Pero vimos también que toda la vida de Jesús es una proexistencia, es decir, un “vivir para”, un “vivir a favor de”, un “olvidarse de sí” para darse a los demás. Jesús se entrega a la causa del Reino, entrega su vida a esa causa, vivió para establecer el Reino y murió para que llegara ese Reino a nosotros. Resulta sumamente obvia la idea de que también el ofrecimiento del pan y de la copa realizado por Jesús nos dice, prometiendo la salvación final, que Él estaba dando ya esa salvación ahora (“Esto es mi cuerpo que se entrega por vosotros”) y la seguiría dando una vez que hubiera partido, pasando por la muerte de Cruz. Y así, las palabras sobre el cáliz, hablan en todas las versiones, de manera expresa, de la Nueva Alianza. En la versión de San Lucas y en la primera a los Corintios se dice: “Esta copa es la nueva alianza”, es decir, los hace partícipes a ustedes de esa nueva alianza. Ya no es la alianza

antigua que Dios hizo con Moisés, ahora es la alianza de los últimos tiempos que han comenzado al venir Jesús. Aquella alianza antigua se hizo en la sangre de animales que eran inmolados en sacrificio para significar el pacto entre Dios y su pueblo, esta alianza se hace por la entrega del enviado de Dios que se ofrece por nosotros, que derrama su sangre por nosotros. Así que Jesús, en vista de la muerte que se acercaba prometió a los suyos la salvación final y lo hizo con un gesto enfático al ofrecerles el pan que es su cuerpo y la copa de vino que es su sangre. Ahora bien, Jesús organizó la cena como una cena de despedida, celebrada en vista de la muerte que se acercaba. Entonces junto a la promesa mantenida de la salvación final por la alianza nueva que El hacía con los hombres, estaba la idea de su propia muerte. Las palabras que nos transmiten Lucas y Marcos están de acuerdo en que Jesús puso en relación el don del pan y de la copa de vino con su inminente muerte. Podemos preguntarnos si en la cena Jesús anunció la salvación final como fruto de su muerte. Hemos visto que en esa hora final Jesús, ante el fracaso de su misión, sintió conscientemente que la muerte era el último medio para implorar de Dios, como mártir entregado de manera vicaria y expiatoria, la divina salvación para los hombres, claro que no sólo para Israel, sino para la “multitud”, es decir, para los pueblos gentiles también. El había vivido para la “causa del Reino”, ahora él moría sacrificado para que ese Reino se establezca en medio de este mundo. Este reinado de Dios se inicia con El y debe continuar creciendo en el mundo donde El quedará presente con los gestos y enseñanzas de su vida que serán relatados a las generaciones futuras junto con la proclamación que harán sus discípulos de su muerte y resurrección, anunciando al mundo entero que aquel Jesús que había pasado haciendo el bien a favor de nosotros, que había venido trayéndonos el amor de Dios Padre, nos había amado hasta el extremo y había muerto por nosotros en sacrificio supremo de amor. Pero la eficacia de la venida de Jesús y su muerte en Cruz no debía ser sólo conocida y recordada por sus discípulos más cercanos, debía hacerse presente a todos los hombres y para todos los hombres. Su gesto de entrega hasta la Cruz debía ser revivido, como un memorial vivo que se erigiría en medio de la humanidad cada vez que los suyos comieran su carne y bebieran su sangre, (Discurso del Pan de vida en San Juan): “Quien come mi carne y bebe mi sangre vive en mí y yo vivo en él” (Jn 6, 56), “quien coma de este pan no morirá para siempre” (Jn 6, 58). La causa del Reino que Cristo trae se vive realmente en cada Eucaristía, que es el ofrecimiento del sacrificio de Cristo por nosotros y en lugar nuestro en prueba de amor sin límites.

Pero: ¿Pervive la “causa de Jesús” en la cena postpascual del Señor y con ello también en nuestras celebraciones de la Santa Cena? El núcleo de la cena del Señor en el cristianismo primitivo es una doble acción simbólica de Jesús que tiene fundamentalmente la forma de una oferta obsequiosa, de un don; la interpretación de esa acción simbólica de Jesús a la luz de su conducta total y de su mensaje central nos permite conocer que la promesa hecha por Jesús de la salvación de la última hora llega aquí a su culminación de manera enfática, a la vista de la muerte y por medio de su muerte. La oferta del pan y del vino en esa hora de despedida hace que la salvación de la última hora irrumpa en la muerte de Jesús a favor de los pecadores. Esa es, en último término, la “causa de Jesús” que se expresó en los signos de la última cena, que en la cena del Señor, celebrada por el cristianismo primitivo, continuó estando viva y presente y que pervive en nuestras celebraciones eclesiales del santo sacrificio de la misa.

Por eso decimos que la Iglesia nace de la Eucaristía, en la Eucaristía nace la comunidad. Ese grupo que celebra la Cena del Señor recibe ya, con Jesús que se entrega a ellos, el don de la salvación de la última hora, en espera de que la humanidad salvada se reúna en el banquete final de la historia. Jesús se hace presente en la Eucaristía en el acto de entrega de su muerte de Cruz, por el cual vence la muerte y nos da vida eterna. Por eso “cada vez que comemos de ese pan y bebemos de ese cáliz anunciamos la muerte del Señor hasta que vuelva”. En la Eucaristía la Iglesia hace suya, prolongándola, la “causa de Jesús” que ella debe llevar adelante en el mundo por mandato del mismo Jesús: Hagan esto en memoria mía.

